

ÁGUEDA GARCÍA GARRIDO.

Nacida en Huelva, España, en 1978 y residente en París desde 2003. Es profesora titular en la Universidad de Caen (Francia), poeta y traductora ocasional. Ha recibido varios premios nacionales e internacionales de poesía : el I^{er} premio en el certamen regional de creación joven (1997 y 2001) en su ciudad natal; el I^{er} premio de poesía Platero, organizado en la ONU (2010) y el premio nacional de poesía Villa de Iniesta (2012). Asimismo, ha sido finalista en el I^{er} premio de poesía de Palma de Mallorca (2002) y en el XI Premio internacional *La porte des poètes*, en París (2005). Ha colaborado en diferentes revistas internacionales de literatura y cultura (Anáfora, Barcarola, Círculo de Poesía, Fábula, FronteraD, La Galla ciencia, Nayagua, Periódico de Poesía...). Participó en la antología *La Alquimia del fuego* (2014) y ha dado a conocer textos raros (siglos XVII-XX) de poetas desconocidos en castellano (Théodore de Banville, Andrée Chédid, Mathurin Régnier, Pius Servien, André Spire...). En 1998, la Diputación Provincial de Huelva publicó su poemario *El espacio ausente*. Colección Donaire, n° 3.

Del libro

Hojas de paz

“Todo lo que se mide, acaba.
Todo lo que ha nacido para acabarse no ha salido totalmente de la nada,
en donde de repente vuelve a sumergirse”.

BOSSUET (1627-1704)

I.

Quien lanza al tiempo su secreta clepsidra
deshace la belleza del labio imprevisto.
Tu silencio deviene entonces signo devastado
que arrebató al día su oquedad inmortal.

Nada vuelve al regalado desnudo,
tan temprano.
Los árboles caen en la ruta hacia *Bernay*.
El campo es amarillo y el tren se detiene
-casi vacío- a una hora predecible.

Las esporas aún calientes flotan
sobre el solar baldío, con su gemido abisal.
Todos los amantes entonan la incendiada voz
que amenaza el gozo extremo.
Los dioses respiran en el lustroso camafeo
que decora el cuello de las bailarinas.

Quien instala un osario en la memoria,
hace de su vida un cementerio sin sol,
una fosa abandonada en su quietud,
como las horas breves que recuerdas
descifrando el destino y sus arcanos.

II.

Yo quería que en tu silencio
creciera un árbol con ramas doradas,
henchido de savia deslumbrante
y tatuado de nombres que cantaron
en su tiempo notas de un laúd
en la alborada.
Pero es tu silencio un gredal
de arenas movedizas.

Mañana esperas a que el cuerpo
se resigne a lo perdido.

Nada se mantiene en una rama que tiembla,
nada amanece en lo que alguna vez
vistió la desnudez de la hierba.

Todas las raíces se mueven en la noche
buscando la holladura de los días tristes.

III.

Quien no se ciega con el sol,
no tiene ojos para el mundo;
tampoco lo conquista.

Yo sé de un sol que deslumbra,
que atraviesa la luz cuando las armas
se derriten en los desfiladeros;
que habita el repentino estruendo de la tarde,
que se adentra en el mar que nos circunda.

A oscuras, veo las horas que incendiamos
locamente, con el corazón puro,
alzado hasta el delirio de la inmortal ternura,
donde sólo llega el rayo en su enconada lucha,
el verdín de los puentes que hoy apenas nos vigilan.

Y luego contemplo un poco más el cielo
que Dios dejó para los cisnes,
la casa grande del silencio donde
lloré y reí
y vi cómo la tierra cerraba sus puños
a las corrientes submarinas.

Porque buscar sin ojos es vencer a la nada,
morir ante el espejo de la habitación vacía,
cuando sólo nos ahoga el aire compartido.